

VITTORIO G. ROSSI: *Il silenzio di Cassiopea*. Ed. Mondadori. Verona. 1965.
268 p., 13 x 20 cm.

V. G. Rossi es conocido en el mundo literario como corresponsal viajero y en efecto, sus escritos son casi todos relatos y experiencias de viajes: viajes en tierras lejanas con todo el perfume de lo exótico vivido y transmitido por él a sus lectores con la sencillez de lo auténticamente sentido.

Pero si su curiosidad viajera lo lleva a conocer nuevas tierras, su atención se concentra en el hombre y las cosas le interesan en cuanto le ayudan a indagar el alma del hombre.

En este nuevo libro (21 relatos que tienden al ensayo) Rossi se muestra especialmente ocupado en estudiar y penetrar el extraño mundo forjado por el hombre contemporáneo, ese mundo que a su vez amenaza con transformar, o deformar, al hombre que lo ha forjado. Por eso la trama es a menudo una tenue excusa para su filosofar y el relato se esfuma en un soliloquio o en un aparente diálogo entre el autor y un personaje que es su proyección (Harold, Robin, Vivaldi), un pretexto para desarrollar su monólogo interior. Tales son los relatos que llevan el título común *Sotto l'ombrello del mandarino* donde Rossi discurre sobre la ciencia, el tiempo, la libertad, la muerte.

Exalta la ciencia que, como la poesía es creación, es desinteresada obra de amor. El científico, dice Rossi, es un enamorado del misterio, tiene sed de verdad. Pero las masas no tienen sed de verdad sino de poderío, de comodidad. Y los investigadores de laboratorio se ponen a su servicio. Ellos no aman la ciencia, son *el proletariado de la investigación*. Por eso el avance de la técnica está en relación inversa con el producto humano que va empeorando y deteriorándose. Rossi acusa a estos pseudo-científicos de haber destruido la poesía en el corazón del hombre.

Detrás de la ironía sonriente, del aparente desapego, se advierte su dolor por las aberraciones del mundo moderno. Hay en él un sentido de lo primordial que le hace repudiar todo falseamiento, toda elaboración intelectualista. Ama por instinto lo primigenio y elemental, los aspectos naturales, la vida recia del mar con sus peligros.

El mar juega un papel importante en su vida y en su obra. Rossi es un viejo lobo de mar y como tal, ha sabido pintar el drama océano-hombre sin hipéboles ni simbologías, con un sentido de la responsabilidad y un pudor dignos de lo grandioso del tema.

En *Il silenzio di Cassiopea*, el relato que da su nombre al libro, Rossi hace llegar a los hombres un mensaje de alta religiosidad, hace sentir la grandeza del misterio que rodea a dos amigos —el autor y un astrónomo— en un observatorio situado sobre una altura, rodeado de nieve y de silencio. Asomados al cosmos, los dos amigos dialogan en la noche. En el *terciopelo negro del cielo* brilla la constelación de Cassiopea con sus cinco estrellas temblorosas y ellos sienten que Cassiopea les *habla* con su silencio, que esta contemplación sobreco-gida del cielo los aproxima a la verdad más que todas las conquistas de la ciencia: *el hombre es un laboratorio químico, lo dicen la observación y la experiencia. Sí, pero es también algo más, es ese "gran abismo" de que habla San Agustín*. Es su imperfección, su locura, su naturaleza contradictoria, lo que le hace buscar la verdad. *El que lo sabe todo no sabe nada*. El día que el hombre levantando los ojos al cielo dirá "materia meteórica, hidrógeno, helio, millones de grados de calor" y no sabrá decir más que ésto, *entonces el hombre podrá atarse una piedra al cuello y arrojarse al mar, porque ya no será un hombre, se habrá vuelto un perro*.

Su relato *Diálogo sul ponte* es más bien una acción dramática, un diálogo socrático sobre la vida y la muerte, cuyos protagonistas son una muchacha que está por arrojar al mar y un teniente y un sargento de policía que logran disuadirla. Triunfa la vida no sólo como instinto vital, sino como amor de la criatura por su Creador.

Rossi sabe transmitir intensamente la poesía desolada de las tierras nórdicas (*Piú su al nord*) donde el paisaje se muestra en su fuerza telúrica primordial, donde la vida se ha liberado del tiempo. En estos fiords de las costas laponas, no le sorprendería al autor ver sirenas, tritones, nereidas con cabellos de algas verdes y fluctuantes... lo extraordinario allí, la gran aventura, es ver vivir al hombre su simple vida cotidiana en ese paisaje sobrenatural, *entre el mar duro y doloroso y la áspera montaña fresca aún del drama geológico*, en este reino de vientos y brumas ajeno e indiferente al hombre.

En sus relatos de ambiente exótico desfila un amplio muestrario de tipos humanos de todas las latitudes: lapones y vietnameses, berberiscos y finlandeses, americanos y yugoeslavos... y cada tipo está dibujado con trazo firme y expresión colorida.

Rossi detesta las *mayúsculas*: los presuntos *ideales* éticos, científicos, políticos, son para él huecas y funestas mayúsculas. En una calle de Vietnam hay víboras, *pero podría haber hombres, hombres armados y llenos de grandes ideas; entonces son preferibles los lugares donde hay víboras.* (Strada 14).

La elocuencia de Rossi está en su sobriedad. Su estilo es a menudo asintáctico e irregular, fragmentario, hecho de frases breves, reiteradas, que en su aparente ingenuidad llevan una carga irónica y demoleadora y la ofrecen sonrientes a sus víctimas, como un ramillete de flores. Tiene la expresión sobria y contenida de quien siente intensamente. Sus símiles son inéditos, imprevistos, poéticos o humorísticos, siempre ajustados a la verdad, elocuentes.

Rossi ama la belleza y la mujer que él siente como un canto a la vida. Algunos relatos narran poéticamente experiencias amorosas que sin perder su fuerza real, tienen un toque mágico, inefable. El autor sueña sin abandonarse a su sueño, alerta siempre, consciente de que el sueño es lo más bello pero también lo más peligroso: *Sin poesía la vida es una inmundicia, pero la poesía es un peligro mortal, es como caminar de noche sobre la cornisa de una casa.*

Su seguro y sano instinto vital le hace amar todo lo que es simple y claro, los olores y los sabores que ha puesto la naturaleza, *no desvirtuados por menajes pecaminosos*. También la gente le gusta así, simple y clara. Por eso se rebela contra todo lo que deforma y desvirtúa la belleza y la sacralidad de la vida: el recogimiento y la poesía de la noche de Navidad ya no existen desde que está *ese payaso vestido de rojo con el capuchón cubierto de nieve química y la luz de las calles apaga las estrellas que están en el cielo.*

Es un libro sano, que afronta la realidad y contempla todas las facetas de la vida.